

Muertos, prefiere visitar un domingo el bosque de Chapultepec. Y encuentra esto:

Chapultepec, especialmente en un fin de semana o en días de fiesta, está atiborrado de familias que caminan juntas en una concordia tan deliciosa como extraña a los ojos extranjeros. En México la paternidad aún no se ha quedado sin fondo. Aquí es raro ver a un niño mirando con odio a sus padres, buscando con vitalidad inspirada en el doctor Spock algún agravio, que, de seguir alimentándose, puede convertirse en un motivo de guerra para toda la vida.

Lawrence vio en los mercados de Oaxaca una marea incontenible y centrípeta, lava ígnea de contacto humano. West describe así su visita a un mercado: “La fruta brillaba como sacada de un poema de Keats; alguna, como aquella de la cáscara pálida y dorada, desprendida en espiral de la pulpa rojo granate, era de una ceremoniosa joyería [...] Había montones de plátanos diminutos que parecían moldes de manos de niños, fundidos en oro suave. He visto un montón de sombreros de paja sacando provecho de su silueta como en un dibujo de Braque.” Lawrence odió la fealdad de la ciudad de México, West celebró su abigarrada vitalidad. Lawrence negó el catolicismo mexicano, West reconoció su raigambre popular. Lawrence invocó a los dioses aztecas, West se esforzó en comprender su cerrada y fatal cosmogonía. Lawrence sintió una repulsión frente al mestizaje, West —que había trazado la anatomía de los odios étnicos en los Balcanes— celebra la integración mexicana: “café, chocolate, leche con chocolate, café con leche [...] pero siempre café [...] los mexicanos parecen haber resuelto otro problema que en todos los sitios en los que he estado parece insoluble”.



En algunas tardes de Cuernavaca, no lejos de la casa de Malcolm Lowry, a la vista lejana del volcán y al borde de la barranca, pienso en aquellas dos genealogías literarias inglesas y las agradezco. Nos dieron espejos que revelan nuestra aterradora familiaridad con la muerte y la dulzura y cortesía de nuestra gente. Esa mezcla extraña fue México, y acaso lo será siempre. —

ENRIQUE KRAUZE (ciudad de México, 1947) es historiador y ensayista. Dirige *Letras Libres* y *Clío*. Su libro más reciente, *Personas e ideas* (Debate, 2015), reúne sus conversaciones con algunas de las más influyentes figuras intelectuales de la segunda mitad del siglo xx.

Está negro el volcán

MALCOLM LOWRY

Está negro el volcán, y el trueno engulle las haciendas de pronto.

Con esta oscuridad
pienso en hombres que viven el instante
de la generación,

agachados, de pie,
sentados, en cuclillas, extendidos, alados,
millones de trillones de billones de hombres

lamentándose
cabe la exangüe mano de la mujer eterna.
Miro sus órganos petrificados en una roca gigantesca,
cayéndose a pedazos ya...
Y esos llantos que son
no sé si quejas de los moribundos
o los gemidos del amor. —

Versión de Jaime García Terrés.

MALCOLM LOWRY (Cheshire, 1909-1957), poeta y narrador, escribió una de las novelas mayores del siglo xx, *Bajo el volcán*.

JAIME GARCÍA TERRÉS (ciudad de México, 1924-1996) fue poeta, editor, diplomático y traductor. Su poesía ha sido reunida en *Las manchas de sol. Poesía 1953-1994* (El Colegio Nacional/FCE, 1995).